

TODO ESTÁ EN LOS LIBROS

Solmenguante

Soy una de esas cada vez más escasas personas que, a una edad ya venerable, sigue viviendo en la misma casa en que nació.

Aunque la casa ha ido cambiando poco a poco a lo largo de los años, ni las apetencias personales ni las vicisitudes del camino me han obligado a hacer una mudanza en toda mi vida. Tal vez este detalle biográfico les parezca una tontería, pero puedo asegurarles que no lo es para mí.

También aquí nacieron mis difuntos padres. Sí, ambos, no sean malpensados. Ya habrá ocasión de explicárselo en otro momento.

Aquí tienen el café. Me dijeron solo y sin azúcar, ¿verdad? Veo que son ustedes unos puristas, como yo. Lo compro en grano en la abacería de los hermanos Sarriegui, aquí cerca, en la calle Asunción.

Les decía que la casa está a punto de cumplir dos siglos, plantada en lo que actualmente se considera el centro histórico de la ciudad; y es relativamente grande, especialmente si se compara con el tipo de viviendas que han ido brotando alrededor en este tiempo. Consta de dos amplias plantas y un desván abuhardillado en la parte superior. También hay un sótano, como podrán comprobar.

En este particular ecosistema se conservan todos mis recuerdos materiales e inmateriales, acumulados sin intención aparente en la memoria y en los muchos cajones, como un atenuado síndrome con nombre de filósofo griego. Y es que uno nunca sabe cuando le va a hacer falta echar mano de tal lebranza o de cual objeto, algunos por su repentina utilidad y otros por su capacidad de recuperar un aprendizaje o cierto estado de ánimo. Saber que están ahí disponibles me proporciona paz de espíritu, una especie de antídoto luminoso contra la oscuridad de la incertidumbre.

Podría deambular a ciegas por los pasillos, escaleras y habitaciones sin temor a desorientarme o a tropezar contra la esquina de un mueble. Pueden creerme, lo he comprobado.

El registro del padrón municipal dice que habito yo solo en esta casa, pero la verdad es que convivo con una cantidad innumerable de libros, cada cual durmiendo despierto en su

correspondiente lugar de cada estantería, cada cual con su propio carácter y personalidad; algunos acumulando polvo a la espera de volver a ser consultados y otros pulidos por las continuas visitas.

Casi todo lo que sé lo he aprendido de los libros, pero no pretendo con ello compartir mi culpa con los autores. Si en algo me ha influido Kant es en verme como único responsable de mis decisiones.

Evidentemente, también hay libros en las dependencias abiertas al público de la planta baja. Les ruego que me disculpen porque es posible que aún no se lo hubiera dicho: mi oficio es el de librero, comerciante de ejemplares raros y antigüedades.

La profesión, como la casa, es también herencia de mis padres, que a su vez la heredaron de los suyos y así hasta principios del siglo XIX. O eso es lo que dice la placa de bronce de la fachada. Nada resulta más fiable para mi selecta clientela que una herrumbrosa pátina de antigüedad propia en la venta de antigüedades. Quizá es por eso que el negocio continúa siendo tan rentable, a pesar de las vicisitudes económicas de estos tiempos y del hastío con el que últimamente desempeño la atención a la venta minorista.

No he vuelto a contratar empleados desde que se jubiló el viejo Sebastián, hace más de un lustro, y no son pocas las ocasiones en las que ni siquiera abro las puertas al público. Cada vez me cuesta más soportar las consultas de fingida erudición de los habituales coleccionistas aburridos o atender las búsquedas de algún historiador con más deseos que posibles.

Como decía, las ganancias son suficientes y de ahí que poco a poco me haya ido dedicando más a la faceta romántica del trabajo. Me refiero a mis creaciones.

Supongo que ustedes, a causa de su trabajo, me considerarán un simple estafador. Lo comprendo, pero puedo sostener con cierto orgullo que no hay nada de simple en lo que hago. Yo me veo y me siento como un artesano, un artista. Si se esfuerzan por apearse de sus prejuicios profesionales podrán apreciar la diferencia.

El principal matiz es que no lo hago por dinero. Entiéndanme, cobro elevadas sumas por mis trabajos, ciertamente, pero esas cantidades las asumo como un premio a la maestría, un trofeo a la perfección y los detalles de cada elaboración. ¿Acaso un campeón olímpico no confiere mayor valor a su medalla de oro que a la recompensa crematística que acompaña a su victoria?

De hecho, comencé mis primeras creaciones como un mero pasatiempo, con la única intención de entretenerme durante el confinamiento de la pandemia. Era tan sólo un juego con el que

practicar las técnicas que había leído en la autobiografía del maestro Van der Eycken y en las teorías sobre el mercado del arte de Milos Herrans. Les aseguro que en aquel momento no tenía intención alguna de introducirlas en el mercado. Fue más tarde cuando sentí la tentación, un reto personal; era la única forma de comprobar si el resultado de mi pericia estaría a la altura de superar el escrutinio de los expertos.

Me planteé aquel primer proyecto sin pretensiones comerciales, casi como un juego de palabras: el sello de la segunda epístola de San Pablo los Corintios. ¿Se lo imaginan? El hecho real es que existe un antiquísimo documento denominado Papiro 46, datado alrededor del año 200 de nuestra era y conservado en la Biblioteca Chester Beatty de Dublín. Pues bien, resulta que a esta pieza le falta la esquina inferior izquierda y se me ocurrió recrearla con idénticos caracteres en griego antiguo, y añadiendo un sello que pertenecería a una congregación de descendientes de Pablo en Egipto.

Les aseguro que era un portento en su simplicidad y, a su vez, una elaboración detenida y minuciosa. Pero sin duda intuí con acierto que la clave para convertirlo en una pieza deseada sería el relato, una historia atractiva sobre su misteriosa procedencia, su descubrimiento... El marchante que lo adquirió ni siquiera llegó a regatear el precio y he sabido que hoy se conserva en una vitrina de la colección privada de un notable empresario estadounidense.

He de reconocer que el éxito inflamó mi vanidad y aquello me impulsó a continuar.

Seguidamente parí unas cartas de Nietzsche a Schopenhauer, un manuscrito con un epílogo alternativo del Ulysses de Joyce... Y así durante los últimos cuatro años, mejorando la técnica, sublimando la práctica.

Soy culpable de soberbia, lo admito. Tampoco puedo negar cuánto disfrutaba tanto del proceso como de la satisfacción que me producían los triunfos. Pero, pónganse en mi lugar, jamás podría haber sospechado que aquellos actos me conducirían a lo que sucedió después.

Lo lamento profundamente, pueden creerme.

Se podría decir que, al igual que Ícaro, la euforia del vuelo me hizo volverme imprudente, creerme invulnerable y acercarme demasiado al sol. Nunca debí atreverme con Cervantes, nunca debí involucrarme con uno de esos despiadados oligarcas rusos.

Quizá fuese el dulce amargor de la adrenalina. ...

Lo cierto es que cuando recibí aquella llamada acepté la cita sin dudar. Un tosco millonario, supuse, más sobrado de dinero que de nuevas ideas en las que utilizarlo. Ya era tarde cuando me di cuenta de que lo había subestimado.

Imagínense el desafío: un Quijote de 1608, impreso por Juan de la Cierva y con correcciones del propio autor. Esto último fue lo que requirió mayor pericia. Una deslumbrante joya y, por tanto, una aturdida estupidez, sabiendo que las primeras ediciones de El Quijote están ampliamente catalogadas y documentadas.

El ruso no ocultaba su regocijo, excitado como un chiquillo, y el precio que acordamos daba buena muestra de ello. Discúlpenme que me guarde la cifra; tal como salieron las cosas me avergüenza desvelarlo.

Sin embargo, el oligarca regresó a mi casa dos semanas después de la transacción. Su atildada amabilidad de entonces había desaparecido, sustituida ahora por una letanía de amenazas muy convincentes y por los dos enormes esclavos que le acompañaban. Fui consciente de que intentar convencerle de que yo mismo había sido engañado era una excusa que no tardaría en relevarse inútil, así que les invité a mi mejor vino mientras fingía buscar los documentos de autenticidad en mis archivos.

En fin, he de otorgarles como resumen que ustedes tenían razón en sus sospechas: los tres rusos yacen enterrados en este sótano, ahí mismo, junto a los barriles de roble. Llegados a estas circunstancias ya no tiene sentido pretender mentir a dos inspectores de la policía.

Sin duda ya se habrán dado cuenta a estas alturas de que sus cafés solos no eran sólo café, pero espero que comprendan mi posición. La pura idea de acabar en la cárcel, abandonando la casa y los libros, me aterraba.

Tan sólo espero que las ataduras no les estén lastimando demasiado. Será cosa de unos minutos.

En el tratado de anestesiología Gaillard-Stoelting se afirma que la succinilcolina actúa de forma indolora, inhibiendo rápidamente la transmisión neuromuscular. Con esta dosis, sus latidos se irán ralentizando y su respiración se hará cada vez más espaciada. Pronto desaparecerá el miedo y ya no sentirán nada, se lo aseguro.

Les ruego que no me consideren un monstruo.